

Sion, venid á ver á vuestro Rey en toda la gloria de su magestad y en todo el esplendor de su diadema: *Egredimini et videte, filie Sion, Regem in diademate.* Vedlo coronado de honor y de gloria ceñido con tantos laureles como nuevas virtudes esparció sobre la tierra y nuevos trofeos consiguió sobre el error; instalado sobre los vestigios de la idolatría y sobre las ruinas de las sinagogas y permaneciendo único Dios en la caída y muerte de todos los demás dioses. Cristianos, es tiempo de reconocerlo, es tiempo de postrarse delante de sus oprobios, de saludarlo Rey de los judíos, y de borrar, si es posible, sus sacrilegos desprecios por medio de un culto infinito y de una ilimitada adoracion; es tiempo de decirle lo que los ángeles no cesan de repetir: Si, señor, sois digno de recibir el poder, la divinidad, la fuerza, la sabiduría y la bendicion. Os han creído débil, despreciable é insensato, manos criminales os han levantado sobre un infame madero, y este ignominioso patíbulo se ha trocado en asilo fecundo, cuyas magestuosas ramas dan sombra á toda la tierra. Besemos respetuosamente esas sagradas llagas y esos augustos cardenales de que habeis sabido sacar tanta gloria. Dóblese á vuestro nombre toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos. Publique todo en comun concierto de admiracion y de alabanza, que habeis hecho de todos los pueblos un solo pueblo, de todos los reinos un solo imperio, de todos los imperios una sola religion y del universo entero una sola conquista; que habeis adquirido todo esto en aquel mismo instante en que todo se nos huye y se nos escapa, y que, por último, habeis empezado por donde los demás dejan de vivir.»

Tal es la elocuencia de M. de Boulogne, que algunos críticos juzgan con injusta severidad.

Frayssinous.

Antes de ocuparnos de las notabilísimas *Conferencias* de este ilustre orador, conviene que, siguiendo al A. Henry, entremos en algunos detalles respecto al origen de este género de enseñanza, tan celebrada durante el imperio, y que desde la Restauracion hasta nuestros dias ha contribuido de un modo muy notable al movimiento de las ideas religiosas en toda Europa.

La iglesia de los PP. carmelitas de la calle de Vaugirard, teatro de las matanzas de setiembre de 1792, era en 1801 iglesia parroquial interina de San Sulpicio, á cuyo frente se encontraba M. Pancemont. En esta época se dió principio en este templo á la esplicacion razonada del catecismo, hecha por un sacerdote de la diócesis de Rodez, al que ayudaba en su tarea como catequista Dionisio Antonio de Frayssinous.

Frayssinous era descendiente de una distinguida familia: nació el 9 de Mayo de 1765 en la Vayssiére, recibió su primera educacion en el colegio de Rodez, antiguo noviciado de jesuitas, entonces dirigido por sacerdotes seculares. Pasó despues á Paris en compañía de M. Clausel, de Montals y el A. de Pradt.

Una vez en París, la vocacion perfecta que para abrazar el estado eclesiástico habia manifestado Frayssinous, se dió á conocer ostensiblemente, habiendo en 1783 entrado en la comunidad de Laon, dirigida por los PP. de San Sulpicio. Su modestia le hizo rehusar medios de elevarse, y en 1788 recibió el subdiaconado, agregándose á los sacerdotes de San Sulpicio,

casi al mismo tiempo que M. Boyer su pariente. Al año inmediato Frayssonous y Boyer se ordenaron de sacerdotes. En los días calamitosos de la revolución, los dos jóvenes eclesiásticos se refugiaron en su país natal, agregándose á la parroquia de Curières, donde se hallaba situada la antigua posesion de Puech, y M. de Frayssinous tuvo la felicidad de obtener la retractacion del párroco de aquella iglesia, uno de los adheridos á la nueva constitucion civil del clero. Cuando se empeoraron los tiempos y el ejercicio del culto fué completamente prohibido, M. de Frayssinous se retiró á Severac y M. Boyer á Paumes, posesion de su familia. Entre estas residencias, poco distantes una de otra, se levantaba una inmensa loma que dominaba los parajes comarcanos, y este punto intermedio era el centro comun de ambos amigos, quienes fijando la vista sobre el hermoso paisaje que se descubria á sus piés, concluian reflexionando acerca de las grandes y terribles lecciones que el Criador daba en aquel momento á la ciega humanidad; sondeando los consejos de la justicia de Dios y esperando en su misericordia, pareciales mas elevada la religion en medio de tantos ejemplos de fragilidad, y la vanidad de las ideas filosóficas del siglo XVIII aparecia demostrada por dolorosas consecuencias.

A pesar de los peligros que les rodeaban, los dos jóvenes sacerdotes no cesaron en el ejercicio de sus funciones sacerdotales; solo que las desempeñaban secretamente. En lo mas fuerte del terror, queriendo estos dos ilustres servidores de Dios familiarizarse con el género de muerte que les esperaba en el caso de ser descubiertos, convinieron en ir á ver, uno después de otro, el cadalso levantado constantemente en la plaza pública de Rodez.—La prueba me ha salido bien, dijo

M. Frayssinous al volver; continuaré sin temor el ejercicio de mi ministerio. Prosiguió en efecto prestando auxilios espirituales á los enfermos y celebrando el sacrificio los domingos en una cueva hasta el 9 thermidor (27 de Julio de 1794), en cuya época voivió á ser tolerado el culto en los campos. Desde este momento Frayssinous se presentó otra vez en Puech, para desempeñar públicamente sus deberes.

De tal manera pasaron mas de ocho años en la vida del orador que nos ocupa; años fecundos, durante los cuales sembraba una miés que debia brotar mas tarde. Consérvase todavía en Puech una suma de Santo Tomás, anotada en aquella época por M. de Frayssinous. Entonces fué cuando meditando acerca de los estragos hechos por la filosofia del siglo XVIII, concibió el designio de contrarestarlos por medio de una série de *Conferencias*.

Acontecia entonces, dice Henry, á la sociedad francesa lo que sucedia al mundo despues del diluvio universal; en proporcion que las olas descendian, los vestigios de la vegetacion comenzaban á verse aparecer. En una casa que tenia por divisa la *Vaca negra*, y que se hallaba situada en París, calle de Santiago, casi enfrente de donde hoy está la comunidad religiosa de San Miguel, se reunieron algunos restos de la antigua Compañía de San Sulpicio; uno de los primeros discipulos de aquel seminario naciente fué M. de Quelen. A principios de 1800, M. Emery, superior general de la Compañía, llamó de Rodez á los señores Frayssinous y Boyer, encargando al primero la enseñanza de la teología dogmática y la de la filosofia al segundo en el establecimiento de San Sulpicio. En esta misma casa, trasladada muy luego á la calle de Pot-de-Fer, M. de Pancemont conoció á M. Frayssinous, que á la

sazon contaba 52 años, encargándole unas Conferencias para la iglesia de los Carmelitas. Por aquellos dias M. Chateaubriand se disponia á publicar el *Genio del Cristianismo*.

Habia algo instructivo y elocuente en el paraje mismo donde volvia á comenzarse la enseñanza del catolicismo, que se habia querido y esperado aniquilar; algunos años antes, Obispos y jóvenes sacerdotes habian muerto confesando la religion de Jesucristo, donde M. Frayssinous iba á predicarla. Los pasajes hablaban por sí mismos antes que el orador. Muy pronto el catequista sustituyó la forma de discurso á la de diálogo, y trasladó sus conferencias de la iglesia de los Carmelitas á la capilla llamada de los Alemanes, correspondiente á la iglesia de San Sulpicio, que acababa de volver á abrirse al culto público. Esta enseñanza produjo un efecto, cuyo recuerdo no han olvidado aun los autores que para escribir estos curiosísimos detalles hemos consultado.

Vióse reunida al pié del púlpito de M. Frayssinous, dice M. Pasquier, no solamente la juventud estudiosa que abunda en el barrio de las escuelas, sino tambien la que se hallaba mas entregada á los placeres del mundo, y que parecia debia rechazar una enseñanza grave. Ambas se hicieron notar por la religiosa atencion con que escuchaban á tan ilustre maestro. La voz de M. Frayssinous tenia ese tono de autoridad que atrae el respeto y caracteriza la confianza. Todas sus palabras inspiraban esa profunda y reflexiva conviccion, que es tanto mas comunicativa, cuanto con mayor moderacion se espresa; y al ver aquellas estrechas filas de jóvenes que se apiñaban para oirle, hubiera sido fácil adivinar que habia en sus discursos algo adaptado maravillosamente á los instintos de esa edad en que las pasiones pueden estraviarnos, pero en la cual es

muy frecuente someterse á toda verdad enunciada de buena fé. Personas de mas madura edad y de todas condiciones no tardaron en venir á juzgar por sí mismas el mérito de una enseñanza, cuyo eco habian llegado á percibir. M. Frayssinous era escuchado con esa viva atencion, que comunmente no se obtiene sino donde se encuentra el poderoso atractivo de la novedad. Consiste esto en que enseñaba el Evangelio en los primeros dias del siglo XIX, en que hablaba de una religion revelada, de su moral, de sus misterios y de su culto divino delante de un auditorio, que no podia acordarse sin profundo sentimiento de vergüenza y de tristeza, que los franceses habian sido condenados á asistir á las festividades de la diosa de la razon, y que poco antes se oyeron resonar bajo aquellas mismas bóvedas, donde al fin dominaba la voz del orador cristiano, los miserables cánticos de un culto sacrilego.

Así, pues, lo que contribuia poderosamente al éxito siempre creciente de las conferencias de M. Frayssinous, era que á princios del siglo XIX el cristianismo se habia hecho una novedad en Francia; los mas de los jóvenes solo conocian el Evangelio por las alteradas citas de Voltaire, y el patriotismo era la única religion que se les habia enseñado. M. Frayssinous, pues, al subir al púlpito, encontraba casi las mismas condiciones de buen éxito que M. de Chateaubriand habia hallado en la literatura. La verdad, despues de un largo eclipse de buen sentido, tenia todas las seducciones de lo imprevisto, y la evidencia misma se presentaba con todos los atractivos de la paradoja, por lo mucho que habia llegado á desconocerse y olvidarse. Compréndese, pues, que M. Frayssinous supo acomodar su enseñanza al estado intelectual y moral de su auditorio. «Los tiempos en que nos encontramos,

decía él mismo, parece que piden nuevo género de instrucción. Es menester que el médico apropie los remedios á las necesidades y al temperamento del enfermo. La actual enfermedad de los espíritus es tal, que solo con nuevos medicamentos podremos obtener su curacion.»

La juventud que acababa de salir de las escuelas filosóficas mas opuestas, acudió con sus recelos, con sus errores y quizá con grandes prevenciones, á oír á Frayssinous: sus conferencias fueron un acontecimiento. Un auditorio cada vez mas numeroso concurría á ellas con apasionado interés, se formaban apuntes, se quería discutir, examinar y juzgar: muchas veces las controversias entre los oyentes continuaban al salir de la conferencia, y eran tambien el alimento de las conversaciones privadas en las tertulias y en los paseos. Estas controversias solian ser públicas, y por esto se dice que un sobrino de Cabanis, que sostenia con ardor sin igual las tristes teorías de su tío, atacadas elocuentemente por M. Frayssinous, fué rechazado con lucidez por uno de los oyentes mas asiduos del catequista, M. Portes, quien despues fué profesor de la escuela de derecho en Paris. Algunos dirigian sus objeciones por escrito al orador, y este las refutaba en el púlpito. Quince veces al año esplicaba una leccion, y haciendo de intento un largo rodeo para llegar á la religion revelada, se dedicó los primeros años á preparar la inteligencia de sus oyentes, explicando una filosofia espiritualista y cristiana que los preparase para el alimento mas sustancioso que queria darles los años sucesivos. La religion natural fué en las conferencias de M. Frayssinous como un prefacio útil para la enseñanza de la religion revelada.

El domingo 4 de enero de 1807, las conferencias se tras-

ladaron á la nave de San Sulpicio, por invitacion del conde de Portalis, entonces ministro de cultos, el cual se dignó asistir á la inauguracion, quedando sorprendido del talento del orador y del vigor de su dialéctica. El cardenal Maury, que en aquella época se hallaba en Paris, no quedó menos sorprendido de su elocuencia, y en una de sus obras habla de la sensacion que le produjo M. Frayssinous. Despues de algunas vicisitudes, Frayssinous pudo, en 1808, desenvolver los grandes principios de la religion natural. En 1809 llegó á las verdades sobrenaturales de la religion revelada, que presentó como complemento y como sancion de la ley primitiva, pronunciando estas notables palabras: «La religion está obligada en nuestros dias á hacer su apologia ante sus propios hijos, como en otro tiempo ante los gentiles y judíos.» Muy poco despues tuvo una conferencia acerca de la indiferencia en materia de religion, que atrajo un prodigioso concurso, y produjo una sensacion profunda. «No os digo, esclamó al empezar, creed antes de examinar, sino examinad para creer.» El 19 de marzo de 1809 estableció por medio de los trabajos de Cuvier, quien entonces comenzaba á tener nombradía, la exactitud de las narraciones mosáicas acerca de la creacion y del diluvio. En las conferencias siguientes llegó á los misterios; entonces una nueva prohibicion imperial hizo enmudecer por cinco años el púlpito de San Sulpicio.

En 1814, Frayssinous volvió á aparecer en la cátedra del Espíritu Santo: todo París quiso oír al orador sagrado y su triunfo fué una gran solemnidad nacional. El año 1822, el sacerdote ilustre de quien hemos dado con gusto tan interesantes noticias, dió por terminada su tarea, tarea honrosísima para él y la Francia y cuyos beneficios no nos es dable calcular.

Ved aquí, pues, jóvenes á quienes consagramos nuestro libro, ved iniciada la nueva forma de la elocuencia cristiana; forma que conviene estudiar en nuestros dias, y de la que en España no podríamos presentaros modelos tan perfectos como los que en esta última época vamos á estudiar.

No es, repetimos, que nos falten oradores distinguidos que hayan combatido desde fines del siglo pasado las tendencias anti-cristianas de la revolucion, sino que acerca de su fama hay opiniones diversas, pareceres encontrados, y no nos sentimos con fuerza ni autoridad bastante para sostener una opinion determinada.

El vacío que han de hallar algunos en nuestra *historia*; la falta de nombres españoles en este último libro, proviene, no tanto de nuestra voluntad, como de nuestra profunda conviccion de que es pronto, muy pronto para dar un fallo decisivo acerca de su mérito verdadero.

En nuestro país, en casi todas las provincias de España, especialmente en Castilla, Valencia, Cataluña y Andalucía han brillado muchos oradores pertenecientes unos á las órdenes religiosas, y otros al clero secular, que merecerian un puesto en nuestro libro, y nosotros se le otorgariamos gustosos; pero para esto habríamos de consultar juicios muy recientes y á los cuales no todos conceden igual valor. Callemos, pues; omitamos juicios que tenemos escritos en nuestros primeros apuntes, y sigamos hasta concluir la parte primera de nuestro trabajo en la firme resolucion que nos hemos impuesto de no poner obstáculos, ni escitar rivalidades en vez de allanar el camino, para que sin desvirtuar el carácter de la predicacion española vaya introduciéndose en nuestras grandes poblaciones la enseñanza que el indiferentismo religioso y ciertas teorías

exigen del orador sagrado en nuestros dias. En la parte didáctica seremos muy esplicitos, muy claros, marcando los escollos que pueden encontrarse en la nueva senda que invitamos á seguir á la juventud estudiosa.

En las instrucciones del género á que pertenecen los discursos de M. Frayssinous, hay dos cosas á que atender. Hay en ellas, en primer término, un fondo de ideas generales, de verdades esenciales y de pruebas de un interés permanente y universal, en virtud de las cuales la obra sobrevive á las circunstancias en medio de las que tuvo su origen, y en segundo una gran parte acomodada, segun decia el mismo Frayssinous, á las necesidades intelectuales de los espíritus, á las enfermedades morales que afligen á los hombres, y á sus debilidades del momento, que deben tenerse en cuenta, porque los médicos de la inteligencia, igualmente que los del cuerpo, están obligados á acomodar su método curativo, no solo á la enfermedad que desean curar, sino al temperamento del enfermo que no admite todos los remedios. Los catequistas no escriben para merecer los sufragios de la posteridad, sino para conquistar almas á Dios. Lo hermoso para ellos es lo útil; no lo que debe agradar á los lectores en los tiempos futuros, sino lo que salva á sus oyentes.

Debia, pues, haber, y efectivamente hay en las *Conferencias* de M. Frayssinous, algo acomodado á las circunstancias y á las necesidades de su época; una parte contemporánea, que trascurrido el tiempo y trocadas las circunstancias, pierde su interés intrínseco, conservando únicamente el histórico; las conferencias de San Sulpicio, pues, no hubieran ejercido tan gran influjo sobre su auditorio, si no hubiesen estado especialmente acomodadas á sus necesidades intelectuales y morales.

Tambien debe tenerse presente, que bajo el punto de vista literario hay reglas de composicion diversas para un trozo oratorio destinado para ser oido por una gran asamblea, que para una obra, la cual, por el contrario, deben leerla voluntariamente personas aisladas unas de otras. Ciceron, que tenia gran esperiencia del foro y de la plaza pública, y que era á la vez escritor público, conocia tan perfectamente esta dificultad, que reformaba para la lectura las arengas que habia pronunciado en la tribuna ó el foro. Bajo estos dos puntos de vista las Conferencias de M. Frayssinous, aunque corregidas por el autor antes de imprimirse, han perdido algo: mas no por esto dejan de ser una hermosa y completa apologia del Cristianismo, un poderoso grupo de verdades religiosas y morales reunidas con victoriosa lógica, y una coleccion de elevadas soluciones, acomodadas á todos los grandes problemas que afligen el entendimiento humano, y opuestas á todas las objeciones presentadas contra la religion natural y contra la revelada por los incrédulos de todos los tiempos.

El estilo de las Conferencias de Frayssinous, de una gravedad naturalmente poco oratoria, se halla á la altura del asunto y tiene cierto espíritu de moderacion y cierta dulzura, que prueban que M. Frayssinous, no satisfecho con predicar la moral evangélica, la practicaba en sus palabras igualmente que en sus actos. En resumen, merecen el elogio que en 1819 hacia de ellas M. de Lamennais, cuya lucha con el autor de las Conferencias aun no habia estallado. «Un orador, dice, parece haber sido dado por la Providencia para confundir la incredulidad, quitándole todos los medios de negarse á la evidencia de las pruebas de la religion: grave, exacto y vigoroso, sobresale en el género que crea. Inútilmente lucha el error en

los lazos con que su poderosa lógica lo encadena. Despues de haberlo oido, podremos no hallarnos persuadidos, mas es imposible no estar convencidos, y por la sensacion que causa, se diria que muestra á sus oyentes viva y palpitante la verdad.»

Estas conferencias presentan además un gran interés histórico, porque revelan las enfermedades morales de aquel tiempo y sus llagas intelectuales. En 1816, Frayssinous se excusa de verse precisado á considerar la religion bajo un punto de vista humano, y añade: «La falta consiste en el espíritu del siglo. Es menester demostrar claramente á los hombres de nuestros dias, que la religion, objeto de tantas persecuciones y de tantos odios, no es enemiga de las leyes sociales y de las instituciones humanas.» En 1818 se dedicó á destruir en el ánimo de los jóvenes el ascendiente que sobre ellos ejercia la autoridad de los sofistas del siglo XVIII oponiendo á estas estrepitosas nombradías las sólidas glorias del cristianismo. En 1819 trata del grave asunto de la educacion, mostrando que la prosperidad de la Francia depende de la buena educacion de los niños; que esta educacion para ser buena, debe ser religiosa, que para ser religiosa debe hallarse confiada á personas religiosas. En otra conferencia defiende al sacerdocio cristiano de las injurias que se le dirigen por sus enemigos.

«¿Qué quieren, pues, esclama, los vanos detractores del sagrado ministerio? ¿Para qué esos afanes para cubrir el sacerdocio con el ridiculo, con el oprobio y con el desprecio? Si por un resto de pudor suelen pronunciar respetuosamente la palabra religion, parece que pronuncian la palabra sacerdote dominados por el rencor. Cuando en el teatro se representa á los sacerdotes del paganismo como impostores, cuyo imperio se funda únicamente en la credulidad del pueblo, se atreven á